

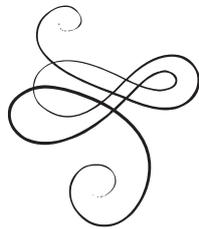


Círculo Rojo



LAS CENIZAS DE MARTA

*Las cenizas
de Marta*



XAVIER AZNAR GARCÍA

Primera edición: octubre 2019

Depósito legal: xxx

ISBN: 978-84-1338-354-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Xavier Aznar García
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto,
ecológico.

A mis padres

*«Aún si voy por valles tenebrosos,
no temo peligro alguno
porque tú estás a mi lado;
tu vara de pastor me reconforta.»*
SALMOS 23:4

Prólogo

¿Alguno de vosotros ha soñado alguna vez algo aparentemente normal o creíble, se os ha repetido en varias ocasiones y, al pasar el tiempo, ese sueño empieza a tener sentido y su significado es totalmente revelador? ¿No? Pues a mí sí.

Me ha ocurrido.

Y os lo voy a contar.

Siempre los sábados —no todos, que yo recuerde—, el sonido que emitía el interfono llenaba todas y cada una de las estancias de la casa. Lo que sí recuerdo es que era bastante temprano, y que había alguien que no fallaba a su rutinaria cita y lo hacía sonar. Su sonido característico lograba que me levantara de la cama, despertándome a mí y mi curiosidad. Andaba sigilosamente por el pasillo hasta encontrarme con la barandilla de madera maciza, que me salvaguardaba de caer al salón desde una altura considerable. Mis pequeñas manos la agarraban con fuerza y mi ingenuidad me animaba a meter la cabeza entre los barrotes, intentando identificar quién venía a vernos.

Casi siempre la misma escena: mi padre recibiendo a un personaje entrado en carnes, embutido en un vestido negro

con un detalle blanco en el cuello, zapatos lustrados a conciencia, gafas y una calva reluciente con unas líneas gruesas de pelo gris a cada lado de su cabeza (lo de la calva reluciente es una observación obvia, dada mi elevada perspectiva y el reflejo de la luz solar que irrumpía por la claraboya).

Tras su entrada, el visitante se acomoda en uno de los extremos del sofá y mi padre lo acompaña situándose en el sillón individual que está más cerca del extraño invitado. Le ofrece un vaso con hielo y vierte un líquido oscuro. Beben. Conversan. Tras unos escasos minutos de diálogo, mi padre le entrega un sobre blanco y abultado. El extraño lo toma y lo deposita en el interior de su largo vestido negro.

Se incorporan del sofá sin apurar sus bebidas y, ya de pie, se dan la mano; y mi padre, mostrando la puerta principal, le indica el camino de salida y lo acompaña al exterior. Se cierra la puerta. Yo corro descalza a mi habitación sin hacer el menor ruido.

Al poco rato, mi padre se acerca para despertarme con un cariñoso beso y me dice:

—¡Arriba, dormilona, que ya es hora de levantarse! Te he preparado el desayuno que, como siempre, es un desayuno solo para princesas.— Hace un especial énfasis en la palabra «solo».

Y así recuerdo las mañanas de todos y cada uno de los sábados que aquel personaje nos visitaba y rompía mis sueños. Por cierto, duraron algunos años. No sé cuántos, pero, aunque era pequeña, me daba cuenta de que era algo frecuente, como tantas otras cosas a las que yo no daba importancia.